

de tiempos, y que han ejercido sobre muchos de nosotros, desde nuestra infancia, una extraña fascinación, como si detrás de tantas maravillas se estuviese revelando un profundo secreto.

Estoy pensando en esos cuentos de poetas que se sintieron atraídos a un reino mágico, y luego, al regresar a su propio tiempo y lugar, descubrieron que eran ancianos a quienes nadie recordaba. O en aquel abad medieval que, hallándose en el campo una mañana de primavera, cayó en éxtasis, y, cuando volvió a la abadía, no encontró allí a nadie que hubiese oído hablar jamás de él, porque habían transcurrido varios siglos. Uno de los mejores de estos mitos del Tiempo, que ilustra de manera dramática la relatividad de los tiempos y los grados de ilusión y realidad, se lo debo al profesor Mircea Eliade, de cuya obra *Images and Symbols* extraigo la siguiente cita. Naturalmente, el escenario del cuento es la India:

Un célebre asceta llamado Narada obtiene la gracia de Visnú por sus innumerables austeridades, y el dios se le aparece y promete hacer lo que Narada le pida. «Muéstrame los poderes mágicos de tu maya», solicita Narada. Visnú consiente y le hace seña de que le siga. Al cabo de un rato, se encuentran en un camino del desierto, bajo el sol ardiente, y Visnú, sintiendo sed, pide a Narada que continúe unos centenares de metros adelante, donde hay una aldea, y le traiga un poco de agua. Narada aprieta el paso y llama a la puerta de la primera casa que encuentra. Una joven bellísima abre la puerta. El asceta la contempla largamente y olvida a lo que ha venido. Entra en la casa y los padres de la joven le reciben con el respeto debido a un santo. Pasa el tiempo, Narada se casa con la joven y conoce los gozos del matrimonio y las asperezas de la vida campesina.

Transcurren doce años. Narada tiene tres hijos y, tras la muerte de su suegro, se convierte en propietario de la granja. Pero, en el curso del año duodécimo, lluvias torrenciales inundan la región. Sosteniendo a su esposa con una mano, aferrando con la otra a dos de sus hijos y llevando sobre los hombros al más pequeño, Narada corta penosamente las aguas. Pero la carga es demasiado pesada para sus fuerzas. Resbala y el niño más pequeño cae al agua. Narada suelta a los otros dos niños, para intentar recuperarle; pero es demasiado tarde: el torrente se lo ha llevado lejos. Mientras busca al pequeño, las aguas se engullen a los otros dos, y, poco después, a su esposa. El propio Narada cae y el torrente se lo lleva inconsciente...

Cuando recobra el sentido sobre una roca, donde le han dejado las aguas, y recuerda sus desdichas, rompe a llorar. Pero, de pronto, oye una voz familiar: «¡Hijo mío! ¿Dónde está el agua que ibas a traerme? ¡Te he estado esperando durante más de media hora!» Narada vuelve la cabeza y mira. En lugar del torrente asolador, ve el paisaje del desierto, deslumbrador a la luz del sol. Y el dios le pregunta: «¿Comprendes ahora el secreto de mi maya?»

Evidentemente, Narada no puede vanagloriarse de comprenderlo del todo; pero ha aprendido una cosa esencial: ahora sabe que el *maya* cósmico de Visnú se manifiesta a través del tiempo.

3

Para tratar justamente la metafísica del Tiempo, necesitaríamos un libro tan voluminoso como este, por lo menos, y tendría que escribirlo otro. (En realidad, ya empiezo a creer que incluso este libro debería ser escrito por otro.) Algunos metafísicos, a partir de Leibniz y Kant, me recuerdan lo que me sucedió una vez en una tiendecita de un pueblo francés. Había elegido lo que deseaba comprar, lo había pagado y estaba a punto de marcharme, cuando advertí que debía de haber dejado mis gafas en alguna parte de la tienda. La buena mujer buscó con tanto ahínco como yo, y transcurrieron varios minutos antes de que ambos descubriésemos, en el mismo instante, que las llevaba puestas. Me las había puesto distraídamente para buscarlas.

Y esta situación no difiere de una idea metafísica del Tiempo, según la cual, no descubrimos el Tiempo, sino que lo llevamos con nosotros mismos; es una de nuestras aportaciones a la escena; nuestra mente actúa de ese modo.

Otra solución metafísica del problema del Tiempo la describe sucintamente la doctora M. F. Cleugh en la introducción a su extenso y muy concienzudo estudio titulado *Time: and its importance in modern thought* [*El tiempo y su importancia en el pensamiento moderno*]. Tras indicar las tremendas complejidades del tema, la doctora Cleugh prosigue:

En presencia de tales dificultades, ¿qué ha de hacerse? Una salida muy sencilla y obvia, que ha sido muy popular entre los idealistas de todas las épocas—Parménides, Platón, Spinoza, Hegel, Bradley y McTaggart—, consiste en afirmar que el tiempo está enmarañado en contradicciones y, por tanto, no puede ser real. La premisa fundamental del argumento radica en que lo Real (obsérvese la mayúscula) no puede contradecirse a sí mismo, ni poseer caracteres contradictorios. Es una solución sumaria de la dificultad, una solución que se justifica en gran medida. Nadie que haya contemplado la amedrentadora acumulación de problemas expuestos anteriormente, puede dejar de mirarla con cierta simpatía. Pero decir *meramente* que, como el tiempo se contradice a sí mismo, debe ser solamente apariencia, no solo está muy lejos de resolver los problemas, sino que ni siquiera es una respuesta a ellos. Indudablemente resulta interesante saber que el tiempo no es real, sino solo aparente, pero eso no basta. La negación de la realidad del tiempo elude el

problema principal, porque todavía es preciso explicar la *aparición* del tiempo. McTaggart es casi el único de los idealistas que comprende esto.

Veamos, pues, lo que podemos sacar de McTaggart, quien puede que ahora esté anticuado en los círculos filosóficos, pero cuyo asalto contra este bastión del Tiempo, hace ya más de medio siglo, no ha sido olvidado, y ciertamente se le reconoce como el más formidable intento realizado hasta la fecha desde la posición idealista. Pero antes permítaseme admitir que tengo otra razón más personal para preferir a McTaggart. Todavía daba lecciones en Cambridge cuando yo estaba allí, y, aunque la filosofía (conocida allí como «ciencias morales») no era una de mis asignaturas, solía asistir a sus conferencias más elementales sobre metafísica. Mientras le escuchaba, jamás pude descubrir una fisura en sus argumentos, llenos de lucidez y sumamente ingeniosos, pero rara vez creía algo de lo que había dicho tan pronto como me veía lejos de su presencia. (No soy un positivista lógico, como demostrará este libro, pero siempre he tenido la impresión de que metafísicos como McTaggart están entregados a un juego maravilloso que nada tiene que ver con la verdad y la realidad.)

Su aspecto era delicioso. Tenía una voz curiosamente aguda, un infantil rostro de luna llena, con las gafas cabalgando en la punta de su nariz, y mantenía ladeada la cabeza, mirando al techo, mientras ilustraba su argumentación con referencias a elefantes rosados. Era uno de los grandes originales de Cambridge. Un singular impedimento le daba un andar de cangrejo, y se le veía doblar las esquinas de lado, como un *sheriff* a punto de dirimir a tiros sus diferencias con el malo en una película del Oeste. Le apasionaba leer novelas, cualquier clase de novelas, miles y miles de ellas. Y se decía que tenía una edición especial de las novelas de Disraeli para leer en el baño. Creía en la inmortalidad humana, era acérrimo sostenedor de la Iglesia de Inglaterra y, habiendo desalojado a Dios del universo con alegres argumentos, era ateo. Veamos ahora cómo veía el Tiempo este hombre extraordinario.

Divide lo que descubrimos en el Tiempo en dos series, A y B. La serie A es la de pasado-presente-futuro. La serie B responde a la relación «antes de» o «después de», y cualquier distinción que se haga en esta serie ha de ser permanente, ya que si un acontecimiento se

produce *alguna vez* antes que otro, *siempre* será antes. Sin embargo, la serie B se deriva de la serie A, porque no puede haber tiempo sin cambio, y el cambio no puede hallarse en la serie B (ya que el «antes de» y el «después de» son permanentes y no implican cambio). Así, pues, lo esencial para el Tiempo es la serie A, es decir, la serie pasado-presente-futuro.

Ahora nos encontramos, empero, con cierto número de contradicciones. Para empezar, el pasado, el presente y el futuro no pueden ser considerados como «cualidades» de objetos o acontecimientos. Una cosa no puede ser pasado o presente en el mismo sentido en que puede ser verde o suave o pesada. De modo que el pasado, el presente y el futuro son *relaciones* de las cosas con respecto a un «término» particular, que es esencial para dar a esas cosas sus características temporales. Pero este «término» no puede estar en el Tiempo, donde ya están el pasado, el presente y el futuro; para distinguir entre ellos, ha de estar fuera del Tiempo. Y no puede hallarse un «término» semejante.

Además, el pasado, el presente y el futuro no son, evidentemente, características compatibles; no obstante lo cual, cada acontecimiento ha de poseer las tres. Y no podemos rehuir esta contradicción, como podríamos hacerlo al tratar de cualidades, diciendo que un acontecimiento puede tener estas características incompatibles «en tiempos diferentes», porque eso nos llevaría a un círculo vicioso o nos sumiría en un retroceso infinito. Por consiguiente, la serie A, de la cual depende la serie B, se contradice a sí misma y el Tiempo es irreal. Es una apariencia, y, como tal, es real; pero las cosas nos parecen estar en el Tiempo, porque las percibimos defectuosamente.

Esto lleva de la mano a McTaggart a una tercera serie, o serie C, que es genuina y no se contradice a sí misma (la exposición que de ella hace McTaggart es demasiado compleja para incluirla aquí), y la cual le lleva a declarar: «Así, pues, mi punto de vista consiste en que, siempre que un algo (o una parte de un algo determinada por una correspondencia determinante) aparece como formando parte del tiempo, se divide en otra dimensión además de aquellas de sus partes de correspondencia determinante, y los términos de esta nueva dimensión forman la serie C.» Su conclusión consiste en que el Tiempo es irreal, pero posee cierta realidad para nosotros como aparien-